

cia de los límites de su propio horizonte, es decir, admitir la posibilidad del misterio. Bajo estos presupuestos late una concepción de la naturaleza del entendimiento que debe ser aún objeto de discusión a nivel teórico (como ya lo fue a nivel histórico entre Gilson, Bréhier y Van Steenberghe).

JOSÉ MIGUEL ODERO

Paul TOINET, *Vers un âge théologique?*, Paris, FAC Editions, 1981, 116 p., 14 x 21.

La obra a la que dedicamos estas líneas es la ampliación de un artículo que el A. publicó hace ya unos años en la *Revue Thomiste*. El escrito busca dar respuesta a la original pregunta que da título al libro, pregunta en la que ya se adivina una concreta visión del futuro. Examinemos su contenido para comentar posteriormente la posición de su autor.

Consta de cuatro capítulos que podrían definirse como una observación, una explicación, una hipótesis y una profecía. La *observación* lo es de un dato aportado por algunos sociólogos: el mundo parece alejarse, ahora más que nunca, de Dios y de todo lo sagrado. La religión tradicional parece haber sido superada definitivamente (es la idea, por ejemplo, de Berger a quien Toinet cita varias veces), y en cierto modo sustituida por una variante científico-gnóstica, valorada y vivida al modo religioso. Este es el resumen del capítulo I («Sociologues devant les métamorphoses de la religiosité»).

El capítulo II es el que correspondería a la *explicación*. Su título es «Une philosophie du déclin de la philosophie». Presenta Toinet el abandono de lo trascendente como fruto de las contradicciones de la Razón inmanente que, con una variante de cientifismo o de búsqueda del progreso, o de cualquier otra variante por ella construida, mantiene su cerrazón a cualquier otra cosa ajena a sí misma. El A. recoge algunas ideas de Heidegger y de Beaufret sobre la relación entre ser y tiempo, para acudir finalmente a un dictamen pesimista sobre el pensamiento europeo: «El anochecer de la filosofía occidental» y «El nihilismo europeo ¿y después?» son los significativos títulos de los dos últimos epígrafes de este capítulo.

Si perder la conexión con Heidegger, Toinet en el capítulo III («Vers l'histoire plus secrète d'un autre déclin et d'autre aurore») desarrolla una *hipótesis* que hace emerger de una prolongación del análisis del capítulo anterior. El A. se pregunta, primero, por la posibilidad y la base de lo que presenta como un presentimiento solamente, pero que puede desembocar, sin embargo, en la certeza de que la próxima edad será teológica en el sentido de que «la salvación del pensamiento no puede provenir ya de las filosofías ni de las ciencias ni de las ideologías políticas, sino sólo de una renovada escucha eclesial de la palabra de Dios» (p. 51). La base para su hipótesis la ve el A. en una historia secreta del ser que escapa a la consideración de los «metafísicos»; historia que es mantenida por la búsqueda que hace el hombre de lo absoluto y de lo absolutamente verdadero. El A.

ve en Heidegger un testimonio de esta historia secreta del ser, si bien la desembocadura en la teología no responde a las propuestas del pensador alemán —quien explícitamente ha negado esta posibilidad— sino a la hipótesis de Toinet.

«Théologie du temps et temps de la théologie» es el título del último capítulo. En él se encuentran reflexiones sobre la temporalidad —al hilo de nuevo, de Heidegger— y la *profecía* a la que al principio hacíamos referencia. La hipótesis del capítulo precedente es ya, aquí, certeza: «La edad teológica no dejará de llegar aunque sea a pesar de nosotros» (p. 92). El hombre contemporáneo carece de patria y lo que busca es exactamente lo que la Iglesia católica dice de sí misma: «La Iglesia católica no cesa de atestiguar que ella es esta patria en condición terrestre; y que la necesidad de pensar el ser en verdad no tendrá cumplimiento para los hombres sino allá donde no serán rechazados de aquella conmemoración sacramental que, por su ministerio, hace presente realmente la Pascua del Señor. A sus ojos (...) es *ontológicamente imposible* que una solución de futuro sea reencontrada si no pasa por ahí» (p. 94).

Como puede verse la presente obra de Toinet es sugerente y original. Tal vez, sin embargo, la fundamentación de la hipótesis exija un mayor desarrollo que no se centre sólo en Heidegger (Beaufret en este punto es secundario) del que caben, por lo demás otras interpretaciones, sino que ofrezca una panorámica donde esos gérmenes de futuro que el Á. ve (esa secreta historia del ser) aparezca como una fuerza múltiple y realmente importante. Seguramente Toinet no escapa al peligro de todo teólogo que analiza el pensamiento no-teológico. Este peligro consiste en valorar el pensamiento contemporáneo en términos de salvación, es decir, en la necesidad del pensamiento de ser salvado. Es cierto que no hay otra salvación para el hombre —también en consecuencia para su pensamiento— que la salvación cristiana, y que si un pensamiento se construye como constitutivamente cerrado a Dios, no hay salvación posible. Esta es la cuestión de derecho.

Cosa diferente es la cuestión de hecho, donde sí cabe el espejismo. Es cierto que «la negación de Dios o de la religión (...) se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo», como se dice en *Gaudium et spes* (n.º 7). Es cierto también que en ese alejamiento y negación hay una carencia que pide ser llenada, una negación que encierra exigencia de afirmación. Pero debemos ser cuidadosos para no trascendentalizar estos hechos hasta el punto de interpretar cualquier semejanza o armonía del pensamiento moderno con la teología como positiva búsqueda de lo teológico, y mucho menos como una evolución hacia una edad teológica.

La hipótesis de Toinet es sugestiva, y no me atrevo, por supuesto, a contradecirla. Espero que el diálogo, que de este libro se haya abierto o se abra en el futuro, vaya fortaleciendo las razones y fundamentos en una u otra dirección. En cualquier caso el tiempo responderá inapelablemente a la pregunta que da el título a la obra.

CÉSAR IZQUIERDO